

Publicación
bimestral
de narrativa
y poesía

Viajeros de la

Underwood

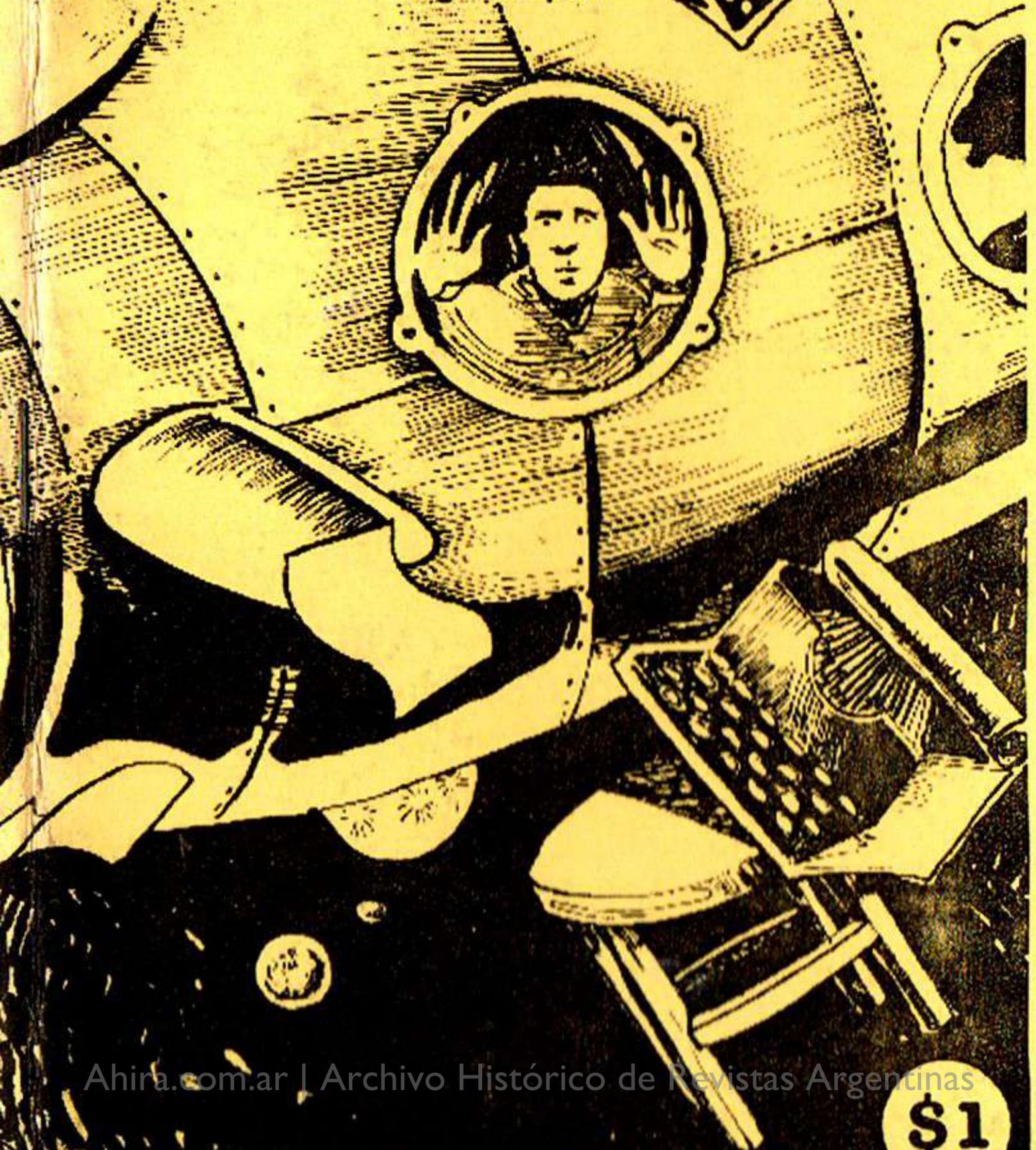
Año 1/ Nº 2

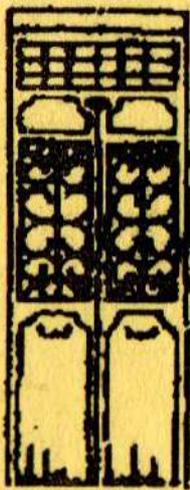
Octubre

1997

Rosario

Segunda época





La PUERTA

Unico espacio integrador de arte
Café Bar - Libros

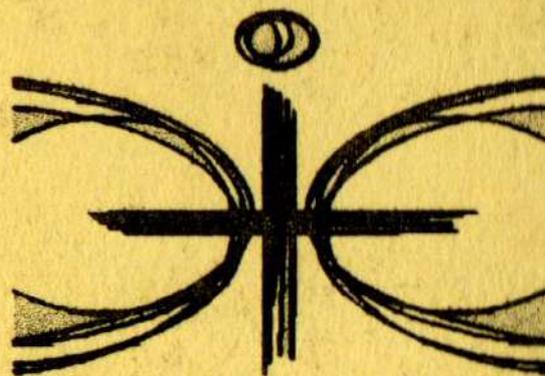
Entre Ríos 637/39 - Tel: 404210
Rosario

MultiCopias I M P R E N T A

Impresiones Offset
Duplicaciones
Librería
Fotocopias
Servicio de FAX
Plastificados
Encuadernaciones
Espiralados
Anillados
Procesado de Master y Chapas
Tarjetería

Entre Ríos 565
Tel/Fax: 255888 - 2000 Rosario

DISEÑO GRAFICO
PUBLICIDAD



TEL: 64-9784 / ROSARIO

Viajeros de la
UnderWood



Publicación bimestral
de narrativa y poesía.
Año 1/ N° 2 - Rosario 10/97

INDICE

Narrativa

LABERINTO, Ariel R. Suarez	02
LOS SILENCIOS, Laura Prati	05
NOMBRE Y APELLIDO, Pablo Solomonoff	06
MESA..., Pablo Solomonoff	08
ACCION, Abelardo Nuñez	09
LABEL, Guillermo Bacchini	10

Poesía

MARIA PAULA ALZUGARAY	11
FERNANDO MARQUINEZ	12
HERNAN TOLOZA	13
DIEGO G. MARTINEZ	14

ACLARACION DE LOS EDITORES

La editorial no comparte necesariamente las opiniones de los autores que publica. Se autoriza la reproducción y/o difusión, notificando por cualquier medio a nuestros editores.

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas



Laberinto

Ariel R. Suarez

Durante los primeros días, F. se sintió desorientado en el laberinto. Le costaba mucho decidir qué camino tomar. A veces cuando elegía un camino avanzaba diez o quince pasos y se preguntaba si habría tomado la decisión correcta. Entonces sentía como si una enorme piedra se sentara en su pecho impidiéndole respirar, y volvía corriendo hasta la encrucijada de donde había partido. Allí se quedaba a reflexionar. En aquel tiempo pensaba y repensaba sus decisiones. Después se fue acostumbrando y empezó a elegir con más seguridad. La sensación de tener una piedra sentada en el pecho fue apareciendo cada vez menos, hasta que un día desapareció para no volver nunca más.

En esa época comenzó a observar el laberinto con atención. Las paredes tenían varias veces su estatura y la distancia que había entre cada una de ellas era de unos doce pasos. El largo de los corredores era variable: algunos medían miles de pasos, F. podía respirar diez mil veces antes de llegar al final; otros duraban lo que dura un suspiro. Algunos no llevaban a ninguna parte, terminaban rematados en una pared: estos le parecían los peores porque lo obligaban a retroceder hasta una encrucijada que ya había creído dejar atrás. Encontró, también, corredores que terminaban rematados en un racimo de nuevas opciones; otros, sólo tenían dos.

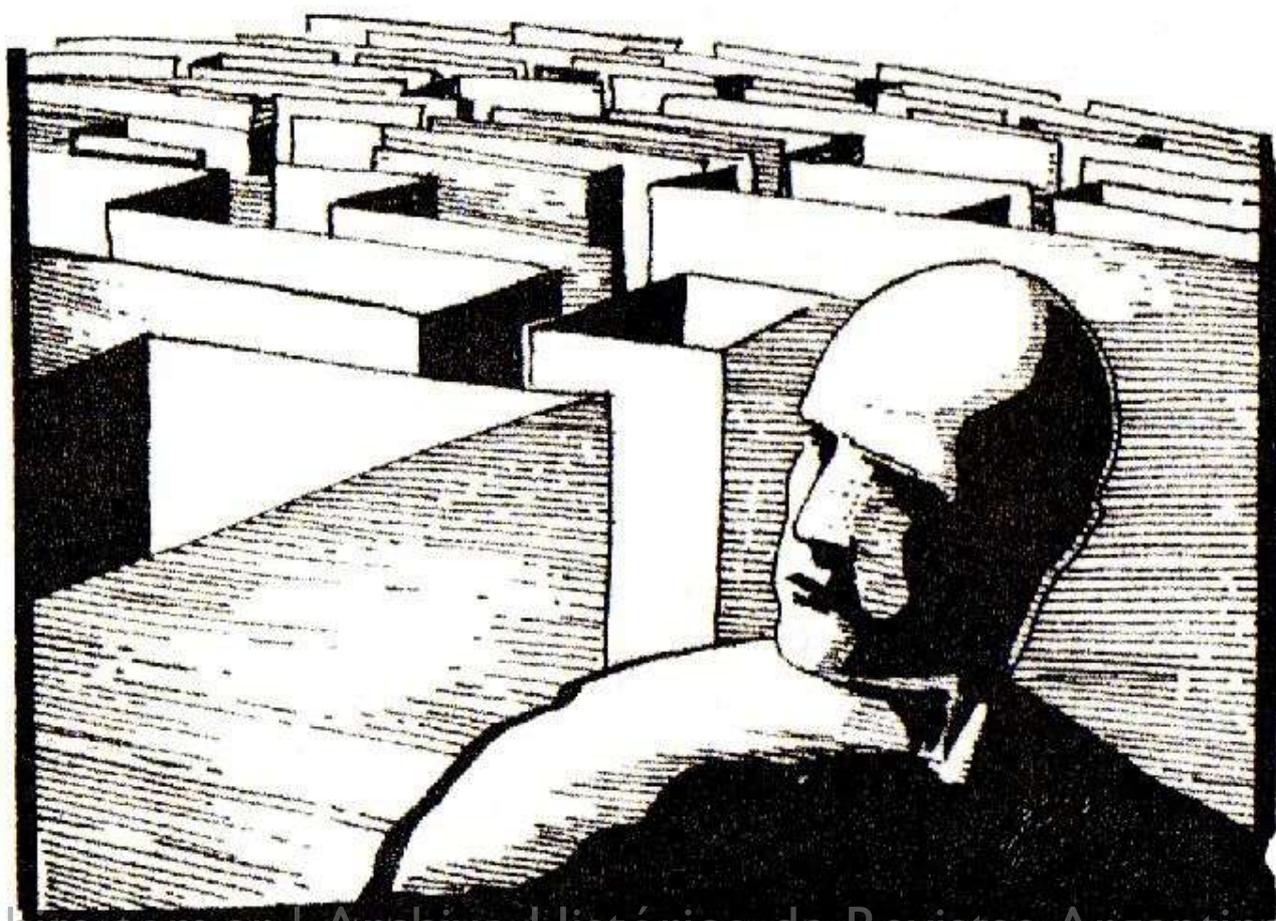
Todas las paredes estaban cubiertas de unos símbolos cuyo significado desconocía. Cada uno tenía más o menos el tamaño de su mano. Estaban cincelados en la misma piedra del laberinto. Alcanzó a distinguir veintiocho de ellos que se repetían formando un cierto orden. En algún momento creyó que eran instrucciones para salir del laberinto y trató de descifrarlos, pero fue inútil. Pensó que una

inteligencia superior a la suya los habría puesto ahí con un fin para él desconocido. Quizás el constructor.

¡El constructor! Siempre que se refería a él lo pensaba en singular. No era creíble que el laberinto fuera una obra de varios autores. Toda la estructura tenía el sello claro del estilo único. ¿Qué habría pasado con el constructor que no daba señales de vida? ¿Se habría marchado una vez terminada la obra? ¿Estaría simplemente oculto? Hubo una época en la que pensó mucho en el constructor. Pero como nunca llegaba a ninguna conclusión se aburría y no pensó más. Al final de cuentas él estaba siempre solo cuando había que tomar las decisiones; ni el constructor ni sus símbolos lo ayudaban.

Una vez desembocó en un corredor que terminaba en una puerta. Nunca había visto uno así. Pensó que era raro. Abrió la puerta preguntándose qué habría del otro lado.

Sus ojos tropezaron con un enorme patio de forma semicircular. Dio algunos pasos con la idea de observarlo mejor. Tanto a su derecha como a su izquierda se desplegaba un abanico de puertas iguales a la que él acababa de cruzar, cuyos extremos se fundían en una pared



recta que se extendía exactamente frente a él. En el centro de la pared, una escalera caracol ascendía lentamente hasta un mirador que estaba a varias veces la estatura de F. del piso. Se puso a contar las puertas, agrupándolas de a siete para no perderse. Sumó setenta veces siete puertas a su derecha, y setenta veces siete puertas a su izquierda. Por llamarlo de alguna manera lo bautizó "el patio de las Puertas". En ese lugar no había ninguna decisión para tomar, y como él se había acostumbrado a tomarlas, resolvió volver al laberinto, pero al intentarlo se encontró con que la puerta estaba cerrada. Tiró, empujó, pateó, golpeó: nada. Probó con todas las otras puertas pero tampoco pudo abrirlas.

No le quedó más que subir la escalera.

Subió despacio. Le costó subir. Sus pies estaban acostumbrados al piso llano del laberinto, no a los escalones.

Respiró muy fuerte al llegar al mirador. La escalera tenía un pasamanos que también bordeaba el mirador oficiando de baranda. Sobre la pared del fondo se recortaba un rectángulo oscuro que era el inicio de un corredor al final del cual se veía una pequeña luz. Desde abajo el corredor era invisible. Se preguntó que habría del otro lado. Decidió averiguarlo.

Antes de penetrar en el corredor, miró el laberinto una vez más y tuvo un pensamiento para el constructor: le agradeció el haberle permitido conocer esa obra suya.

Y desapareció por el corredor sin mirar atrás ni una sola vez.



MENSAJES

Recibimos carta de Carlos Antognazzi, festejando el renacimiento de nuestra publicación.

También nos llegó una carta electrónica de Antognazzi C., desde Santo Tomé, Santa Fe, quien hizo extensivas sus congratulaciones por la presente. ¡Gracias!

Y vos, para cuándo? Escribinos a nuestra redacción



Los silencios

Laura Prati

Un Silencio toma su diario café de las nueve y treinta mientras lee el diario y se deja despabilar apenas por la luz del sol que entra por la alta ventana de la cocina.

El otro Silencio aún duerme. Nada es más placentero para aquel que despertarse antes que éste y disfrutar de su simple desayuno en soledad, casi ausente de sí mismo, olvidándose por consiguiente de ese igual suyo que con sólo abrir los ojos le vacía el alma de serenidad y lo provoca con la obstinada agudeza de mil reproches mudos.

Pero también admite que el otro Silencio tiene una virtud. Admite que siempre está ahí. Siempre es el otro quien lo pone al tanto de su propia existencia; quien, como si fuera un insolente espejo, le devuelve el mismo y porfiado gesto de labios apretados, el mismo semblante mustio que exhibe indignación, y la misma necesidad de deshacer esa continuidad que los adentra en el insalvable llano de la apatía. El espejo refleja el cansancio, la opacidad de las palabras que laten en los ojos, esos breves discursos en cautiverio que les hubiesen devuelto la antigua dicha de entenderse.

Y ahora, cuando el café ha sido bebido con algo de deleite, cuando en la habitación suena el reloj despertador y retiembla el cordel de tiempo que pende sobre ellos con eterna pertinacia, la angustia de callar se torna vergüenza, desamparo, miedo, sentimientos que operan engranajes herrumbrados, que reniegan del punzante dolor en la garganta que produce la tristeza.

Todo Silencio debiera saber que eso es absurdo; debiera saber que esa cotidiana ceremonia de evadirse es elegir la agonía sin la certeza de una futura muerte.

Sin embargo la realidad no depone la voluntad de los silentes. El otro Silencio se acerca lentamente por el corredor. Está envuelto en una bata de seda y parece sentir frío.

Un beso silencioso los conecta por un instante. Luego todo revive su monotonía y se observan sin atinar a tocarse, asimilando piel adentro la verdad que sus rostros les revelan: callados son tan vanos como ajenos. Y entonces pierden la esperanza. El rigor de esa evidencia acrecienta la perenne pausa que malamente los conforma; la distancia permite prolongar la obra de ficción que los soporta.

Paulatinamente los dos reanudan el ritmo de sus pensamientos. Se visten sin hacer el menor caso a sus desnudeces. Se mienten. Otra

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

vez se rechazan. Se saludan al transponer la puerta de su casa. Sonríen porque no desean llorar.

Y así comienzan a caminar en direcciones opuestas, huyendo invariablemente uno del otro.

Alguien los ve desde la esquina y los llama por su nombre. Pero los Silencios tampoco oyen, y se alejan un poco más.



Nombre y apellido

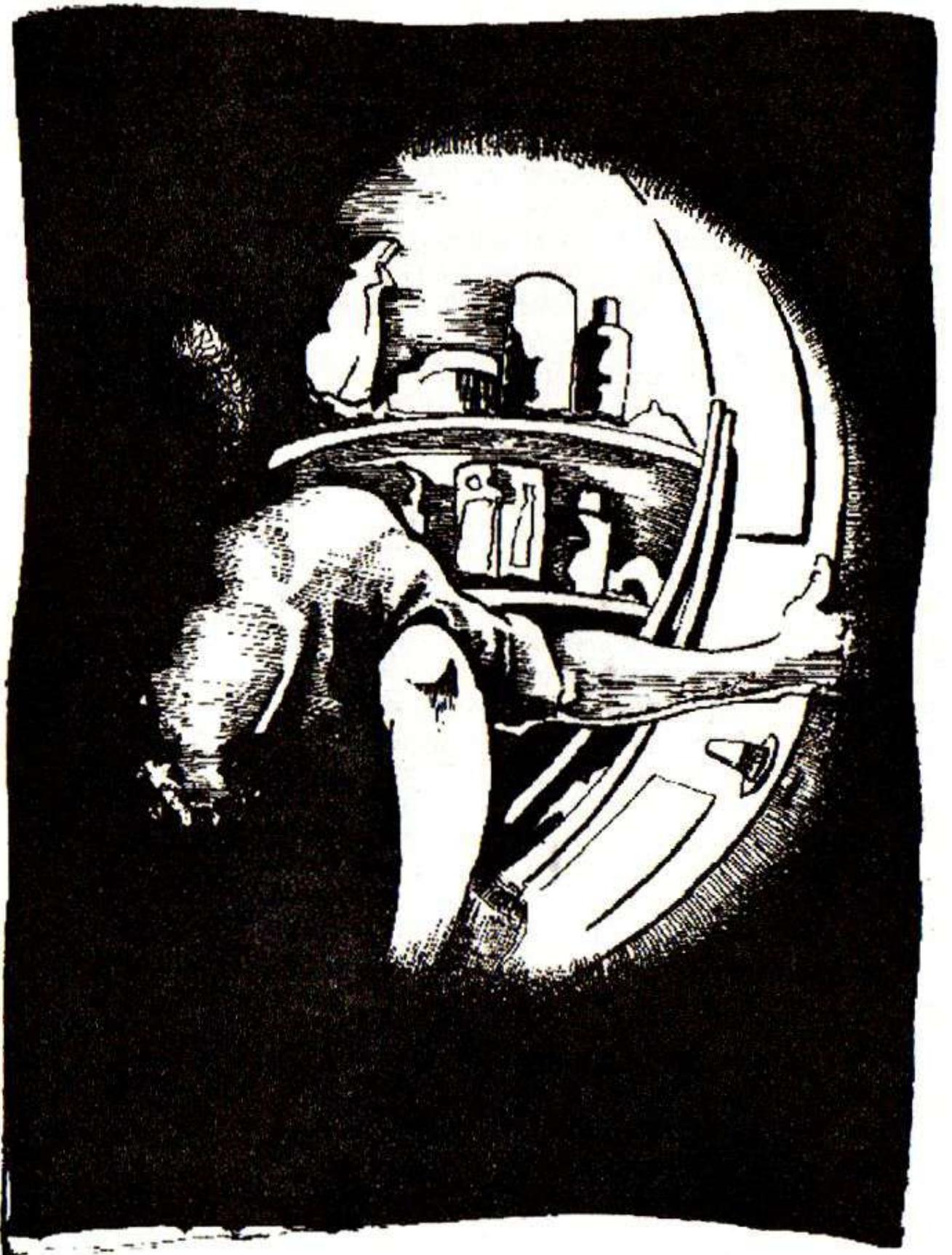
Pablo Crash Solomonoff

Aproximadamente a las cinco ella llega al edificio. A las cuatro, cuatro y cuarto a lo sumo, se toma el Villa Diego y a las tres treinta se levanta para lavarse y desayunar. El aparece a las seis, a veces seis y cuarto. Al principio nunca antes de las siete. Hasta que algo en su forma de barrer o de mirarlo le llamó la atención, primero un "hola", un "buen día"; con el tiempo un "¿cómo le va?" o "27° dijeron en la radio", en fin.

Ese día ella estaba algo atrasada. El calor la había hecho dormir mal. El cuerpo de su marido pegoteándose al de ella la había obligado a bañarse antes de salir. Por esas causas -o excusas- no atinó a cubrirse cuando él la encontró en bombacha y nada más, en el depósito de escobas. Y entonces entró, nombrándola.

No tienen -ni él ni ella- un cuerpo atractivo. Hacen el amor muy en silencio -la ventana del cuartito da al pasillo-, parados, casi siempre, a veces sentados; siempre con dificultad. Los ojos de ella entonces, hacia el estante de los productos de limpieza, que oscila suavemente con sus enviones. Para él ella es solamente un nombre, y el olor de sus productos de limpieza. Para ella él es sólo un apellido, que lustra con especial cuidado en la chapita del portero eléctrico, y que a veces, cuando llueve, y la preocupación por el ruido se reduce, murmura despacio: - Olcese... Olcese... Olcese.





Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

»

7

Mesa en la que no estoy, sifón sin soda

Pablo Crash Solomonoff

Cuando decide que ha tragado lo suficiente baja el vaso. Ha estado unos instantes respirando adentro del cilindro de plástico transparente, la frente ligeramente alzada, empañando con el aliento la parte que no se toca con el líquido. Mientras tanto la bebida con un oleaje suave fue descendiendo y entrando, empujada por su propio peso, a las cavidades de ese cuerpo que la ingiere; la vista desenfocada hacia el ángulo que forman el techo y la pared, pensando sólo en el sabor y no en otra cosa, sin encontrar sentido a las grietas de la pintura vieja, ni al revestimiento de madera expuesto a la luz del fluorescente.

Inclinado como un trompetista buscando una nota aguda en su instrumento, cuando apoya el vaso vaciado en la mesa, Hereward saca apenas la conciencia del contraste entre la frescura del líquido y el calor del bolichón mal ventilado.

"El lugar es feo por donde se lo mire. Lo supe desde que lo vi desde el Toyota-Benz. Pero no podía elegir, ella me espera. Es un lugar al que nadie entra dos veces, parecido a los autobares de posguerra. Incluso en los materiales: madera, plástico, artefactos eléctricos... ¡Hay incluso una tragamonedas con Cedés! La indiferencia con la que conviven los cuadros que representan combates navales, los espejos, las botellas de licor detrás de la barra, el freezer junto a la máquina de ciberóscopos y el sintcafé es desconcertante. Hay, a centímetros de distancia objetos reales, originales del siglo dieciocho en adelante hasta hoy, sin molestarse. Sólo yo creo notar ese contraste. No debí haber entrado aquí, no debí hacerlo. De aquí nadie sale como entró. ¡Y ese cartel -sólo pago efectivo- escrito con tiza! No debí, no, no, no debí meterme aquí.

En los lugares sin mí
en los que nadie me busca
no existirá una silla que sostenga a mi sustancia.
No habrá sonrisas con hielo,
ni miradas,
no estaré,
vigilando las facciones casi amigas,
buscando ese signo que amo en ese labio
la noche se abre de piernas
a mis pies
y no obedezco"



...acción!

Abelardo Nuñez

La angustia se coló por los párpados de la muerte. Párpados agrietados por los que se mira con cierta repulsión a los abismos y en los que uno se siente inducido a caer.

Fue por aquellas regiones donde surgieron las irrenunciables preguntas, los existenciales interrogantes. Y en pleno descenso François recordó la lejana mañana de frío cuando con sus manos rojas dio calor a una frágil golondrina caída de los árboles, víctima del cambio de tiempo. De inmediato se preguntó si aquel profundo acto de piedad, si aquella refleja distracción le valió de algo en su intento por ligar aún más el cuerpo al alma.

También retornó a su mente la vez en que un mendigo extendió su gorra ofreciéndole las pocas monedas que los parroquianos por piedad le habían dado, cuando él, segundos antes, enojado, temiendo que le ruego limosna le gritó: ¡no tengo dinero! Y nuevamente se preguntó si aquel encuentro impensado, desconcertante, había pesado lo suficiente como para llenar aunque sea en pequeña medida las concavidades de su espíritu.

François nunca logró comprender que la oscuridad se manifiesta en los lugares más iluminados, ya que es precisamente allí donde hay mayores posibilidades de que se generen sombras. Esta era tal vez una de las tantas limitaciones que hacían de él un ser ausente. No lograba asimilar la felicidad. Ni siquiera pudo absorber el amor de su pequeña Delfy, que la noche anterior lo había esperado en compañía de sus osos para darle su beso de cumpleaños.

El corazón sudoroso le jadeaba abruptamente, dejando breves intervalos para nuevas intrigas que se adentraban presurosas a un mar de incertidumbres: ¿hacia dónde voy?, ¿habrá otra salida?...

Interesado desde temprana edad por la vida privada de las estrellas de cine, atento a las *avant premiere* y asiduo concurrente a reuniones frívolas, nunca se había detenido a prestar atención a sus sentimientos. Y siendo ya adulto no soportó su existencia parcial y en medio de tantos interrogantes sólo podía afirmar que la película más trivial por él vista, duró apenas siete segundos y que la miró mientras realizaba una caída libre desde el décimo piso de su oficina en penumbras.



Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

-Es la noche de la que nunca despertaré. Hace rato el universo entero entró a mi cabeza y desde ahí me está diciendo que no va a salir, y dice también que está encendido y dice que ésta es la noche de la que nunca despertaré. Y juro por todas las fuerzas que se ejecutan en el tiempo y a través de la materia que estoy, testigo, sintiendo que sucede; que tremenda magnitud habita mi cabeza, y que también ésta sea la noche de la que nunca despierte.

Cuando no supe ya qué hacer dije: paciencia, ocurrirá lo que sea. ¿Y para qué determinar? Aunque vea con palpable cristalización, o palpe con cristalizados vehementes sincretismos lo que sea que del tiempo quede todavía. Y malgastarlo o bienmatarlo es la tentación de ir restándole supremacía. Y entonces qué importará haber caminado nunca la Séptima Avenida si antes hubo el tiempo en el cual la materia que ahora dice soy y ahora dice escribo fue molécula esparcida. Después formó idéntica simétrica miseria, la materia. Eh!, trigueña!, acostúmbrate a amanecer que el esparcero escuerza, la materia. El tiempo, digámoslo de una vez, es el mancebo que se autohacina. Porque genero la incoincidencia tanto como la primera vez. Porque estamos hechos de despojamiento, la desmembrada lucidez: me perité obsecuente. Hablo porque sé que soy finito, que termino, que me pierdo. Escribo porque no estoy de acuerdo, porque no quiero. Mastico ahora, es el porvenir.

Algunas voces, hablando, se calman. Otras no. Y hay los límites que se fuerzan en impecable solicitud, para fracasar.

¿Qué más les puedo decir?, que todas las leyendas, las historias, se desvanecen al nombrarlas. Nada importa. ¿Comprenden? de una vez. Sáquense las cosas de las manos. ¡Que interfieren!

Miren, cuando cumplí treinta años pude decir que había ya vivido. Guarda de una que digo acaparazonar haber sufrido la claustrofobia y la esquizofrenia -palabras bonitas si las hubiera-, es decir también que pasé por el ascetismo y el derroche. En ese entonces estaba feliz, vivíamos felices, al menos al borde de la felicidad; vivíamos rayando la velocidad. ¡También!: teníamos a la Biblioteca. ¿Cómo no íbamos a estar felices? Pero nos destruíamos, sin embargo, porque nos divertíamos hasta el terror.

E investigábamos también en la geometría, en la química del elemento. Para concluir que el péndulo, si acelera, pendula mal. A veces los problemas recrudecen. Y sólo me quedo quieto cuando el infierno en el que me sustancio se manifiesta un poco más, o para que se manifieste un poco más.

Pero como también tienen tanto trueno, tanta sinfonía, tanto disparate, no me acuerdo. Y como en un esfuerzo, suspirando hondo, igual dadas a las cábalas su orientación. Que nada en gracia me hace, palabras a las alcántaras!: de la pantalla!, a las alcántaras cloacas! Ni pero aún, ya! Ni cuando menos cuanto menos cuanto más! Que tampoco y menos bienes que tampoco bienes mal. Alrededor, todo afuera de lo profuso se instala siempre el... lo olvidé. Que cualquier exaltación exuda siempre al acetileno, al sitio tauro, al maquinal. Gracias Cabras! Históricamente están grabados en la teoría o era teóricamente están grabados en la historia? Bueno, qué diferencia? Y una vez termine de hacer todo lo que hacer debo... qué hacer?, eh!?, después de todo hacer, eh? qué hacer?



Fragmento inicial de la novela inédita
"Label, el Angel Idiota del Dios Caído"

CONSULTORA srl
EN NEGOCIOS Y SERVICIOS

ALQUILER DE ESTUDIOS Y CONSULTORIOS POR HORA
SALON DE CONFERENCIAS
PROYECTOS, ORGANIZACION Y ADMINISTRACION DE EMPRESAS

ARQ. DAVID SOLOMONOFF

CORDOBA 2150 P. 11 OF. 4 TEL-FAX: 259320 - 2000 ROSARIO

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas



**María Paula Alzugaray
Alquimia**

Aquellos viejos buenos tiempos
que se muelen dentro de uno...
Si pudiéramos alterar el destino
o al menos,
estas idénticas situaciones irrevertibles,
sin brujuleos
con inadvertencias.

Necesitaríamos otros torbellinos
que nos agiten las arterias,
otros que transgredan
esta sinceridad cínica
esta terrible belleza.

Necesitaríamos nuevas pociones
-si es que de alquimia se trata-
que sostengan nuestra esencia,
o sustancias que se esgrimen
y nos hagan sentir
entre cada hundimiento,
el dolor de sus dagas bajo los pies.

Pero ya no hay fibra en tu ciencia
aunque te sigan apareciendo trágicos arañazos.

Fernando Marquín
Ruinas romanas

Me mostrarás los mezquinos propósitos
que maltratan tu poema,
sobrevolaré sin pendientes
entre el vaho de alcohol
y la figura de un Cristo sin espinas
me interrogarás acerca de los lujos
y caminaré sobre un acerico
sólo para agradarte
dejaré de llorar esas frases
de concentrada mendicidad
haré mecer tu ironía
en las ruinas romanas,
en el cauce del Tíber.
Y tendrás todo al alcance
de tu mano,
tan sólo huyendo.

Ultimas posesiones

a Daniela

Acescencia, tiene tu corazón
de nogal.
Aunque sin descabellada gracia,
perduras en mí
y, tal como te conozco,
poco he de esperar,
nada he de inducir.
Tal vez debería ser indulgente
al percibir
la marejada de tu aliento
golpeando huracanada
mis últimas posesiones,
lo que queda de mí.

La sombra del agua en la botella.
Así comienza la siesta. Porque sí,
la palabra viaja sin razón.

Aquí llega el agua.
Las nervaduras
de las plantas en el jardín
hoy no la esperan.

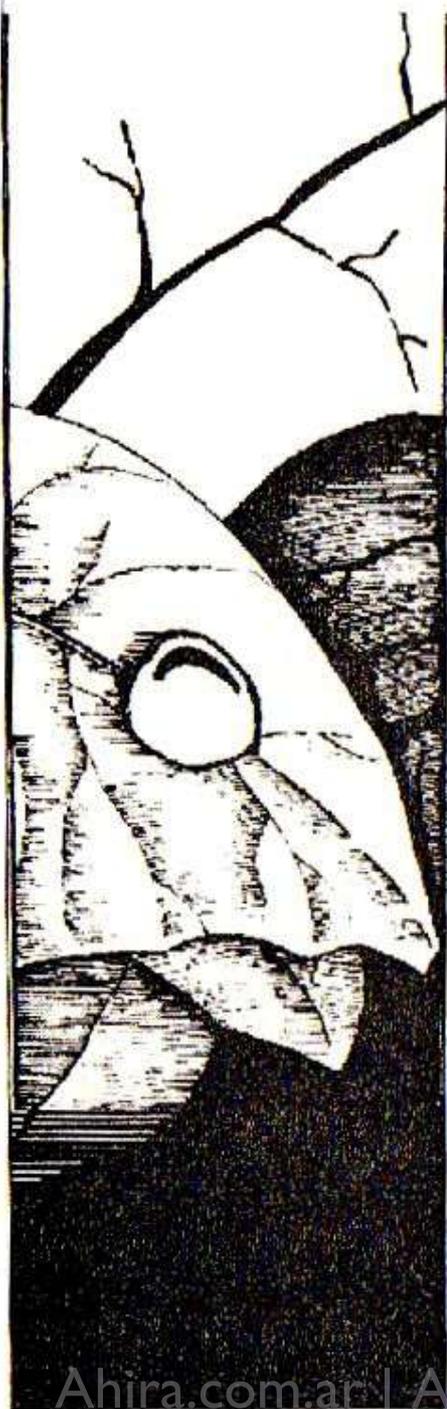
Con mi permanencia en la tarde
comparte el tiempo
que dura en la gota que se repite
y es la misma
como suele durar el jazmín en sus perfumes
repetidos en el aire hacia el día.

Y luego se detiene.

Los pétalos
que azul o lila suspiraban
serán sólo su promesa.

Después,
con los párpados entornados vendrá la noche
desentendida de las horas.

Qué voz ostentaré por el luto que se ausenta?
Mis ojos
la despedirán con un gesto
como dirigiéndose a la mañana que surge
de una música tardía.



Diego G. Martínez
Desastre americano

La lejanía de la piel se traduce en fiebre,
en vacío,
en espera.
Se desfiguran los espacios
y los contornos.
Los aromas no llegan,
enfrascados en la distancia.

Informaciones ambiguas
y palabras precámbricas
se incrustan en la sien,
provocando el declive
de una magia milenaria.

Espionaje internacional en trance,
detenido e inocuo,
que suspende nuevamente
los mensajes entre las islas.
Desastre americano para dos.

Trazo de mujer

Un trazo me bastó para conocerte.
Por favor mirame a los ojos. Mové con tus pestañas el silencio
que encierra este pasillo de aire entre vos y yo.
Quiero un cigarrillo. Aunque dejé de fumar hace 7 meses,
cuando te conocí y sólo necesité tus labios.
Y ahora yo estoy en tu butaca; te miro, y vos reís porque
encontraste un nuevo lugar desde donde saltar y ya no
mirarme.



Editores: Mercedes Gómez, Diego G. Martínez
Colaboradores: Ariel Suarez, Laura Prati, Abelardo Nuñez, Guillermo Bacchini, María Paula Alzugaray, Fernando Marquínez, Hernán Toloza.

Diseño: Diego G. Martínez

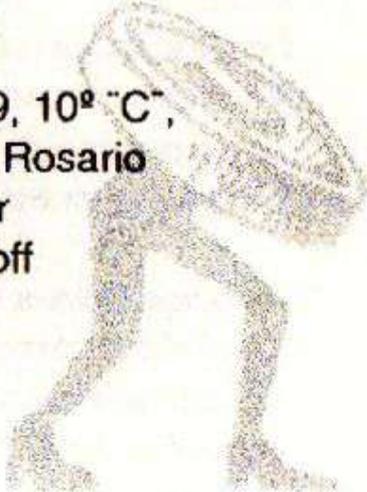
Ilustraciones: Javier Hernández

Publicidad: Mercedes Gómez

Redacción: J.M. de Rosas 929, 10º "C",
tel: (041)488864.- Rosario

Correo electrónico: dim@citynet.net.ar

Director y Propietario: Pablo J. Solomonoff



RNPI en trámite

Imprenta: Multicopias

CONVOCATORIA

¿Sos la oveja negra de la familia?

¿Te sentís el bohemio de la barra?

Mandanos una copia mecanografiada de tus cuentos, que no exceda las 3 carillas A4, a nuestra redacción.



adriana osella
estudio de diseño gráfico



J.C.Paz 1257 - Alberdi - Tel/Fax 556390

Ahira.com.ar | Archivo | histórico de Revistas Argentinas

Salón de Cortes
THE LOOK

Mario Sitzerman
Estilista

Martes y Miércoles
8.30 a 12.30 y 16 a 20.30
Jueves, Viernes y Sábados
8.30 a 20.30

- ✿ 20 % de descuento
presentando la revista
- ✿ Descuentos a Estudiantes

1ro de Mayo 960

PIO
Imagen

VIDEO
y **animación**
publicitaria

CONGRESOS - CONFERENCIAS
Y EVENTOS ESPECIALES

Dorrego 226 - 4to. Piso B
Teléfono: 245370 - Rosario

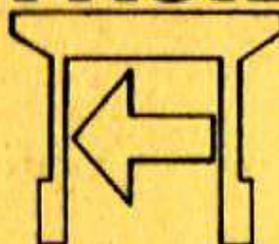
Psicóloga
María del Carmen
de la Cruz
(Mat. 800/3)

Clínica General
Enfermedades
Psicosomáticas y
Orientación
vocacional

Niños-Adolescentes-Adultos

Lunes a Jueves de 16 a 21 hs
Salta 1227 Dto A - TE: 493957
(2000) Rosario

EL PASILLO



FOTOCOPIAS
ESTUDIANTES 0,05

COPIAS COLOR
AMPLIACIONES
REDUCCIONES
ABONOS

ENTRE RIOS 705
2000 - ROSARIO

